

Sobre la verdad y el psicoanálisis clínico¹



Charles Hanly²

ABSTRACT

The author defines the three criteria of truth proposed by philosophy, (i.e. coherence, consistency and pragmatism) to assess them and establish certain relationships among them. In particular, the author asks himself how they intervene in clinical psychoanalysis and reaches the conclusion that all three criteria should be considered as a whole in the search for a genuinely transforming truth. At the same time, he revisits the meaning granted to the concept of inter-subjectivity in psychoanalysis, arguing against the postmodern perspective. A clinical vignette illustrates and adequately conveys the author's theoretical reflections, helping us visualize the analyst's task in his attempt to establish the question of truth in a given situation.

RESUMEN

El autor define los tres criterios de verdad elaborados por la filosofía —el criterio de coherencia, el de correspondencia y el pragmático—, los evalúa y establece algunas relaciones entre ellos. Particularmente, se interroga acerca del modo en que actúan en el psicoanálisis clínico, para concluir en la necesidad de considerar el trabajo conjunto de los tres en la búsqueda de verdades efectivamente transformadoras. Al mismo tiempo, revisa el sentido que se le da a la idea de intersubjetividad en psicoanálisis, discutiendo con la perspectiva posmoderna. Una viñeta clínica ilustra y vehiculiza adecuadamente la reflexión teórica, ayudándonos a visualizar la tarea del analista en su intento de establecer la cuestión de la verdad en una situación dada.

¹ El trabajo original *On truth and clinical psychoanalysis* fue publicado en el *Internacional Journal of Psychoanalysis* (2009) 90, 363-373. Se traduce y publica en la presente revista con el permiso del autor y de Wiley - Blackwell. Oxford.

² Miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Canadá. 106 Elm Avenue. Toronto. Notario M4 W 1P2, Canadá. Cema.hanly@utoronto.ca

Sobre la verdad y el psicoanálisis clínico

Los filósofos han enumerado tres criterios de verdad: el de coherencia, el de correspondencia y el pragmático. Yo los definiré y examinaré algunas de las relaciones entre ellos. Mi argumento general es que estos tres criterios de verdad, cuando son adecuadamente definidos, pueden ser vistos no como contradictorios entre sí, sino trabajando juntos en la búsqueda de verdades en el psicoanálisis clínico. Escribo “verdades” no porque piense que la verdad es relativa, sino porque no suscribo a ninguna teoría metafísica de la verdad absoluta como en Platón, Descartes o Hegel.

Un propósito secundario es establecer una distinción entre dos conceptos de intersubjetividad. El primer concepto es aquel con el cual estamos familiarizados dentro del sentido común, el saber académico y la ciencia: una observación es intersubjetiva si puede ser hecha por cualquier observador con competencia en el campo pertinente al hecho. Lo intersubjetivo en observación se opone a lo subjetivo, por ejemplo, a lo que pertenece a la idiosincrasia del observador y no a lo que ha sido observado. La segunda noción de intersubjetividad, muy diferente, consiste en las inextricables interacciones transferenciales y contratransferenciales que tienen lugar en la relación entre analista y analizando y que resultan en la co-creación del analizando, cuya naturaleza e historia son formadas por la relación analítica. Esta definición de intersubjetividad relega el ser histórico del individuo, ser que es independiente del analista, fuera de la existencia. A la pregunta retórica de Aristóteles: “¿Quién puede dudar de que la naturaleza existe?”, los analistas subjetivistas contemporáneos responden: “Los psicoanalistas deberían dudar de la existencia independiente de por lo menos esa parte de la naturaleza que es la realidad psíquica”. El subjetivismo repudia la independencia epistémica del paciente en su relación con el analista y, consistencia mediante, de la del analista en su relación con el paciente. Por supuesto, nosotros como analistas a veces sentimos diferente respecto de distintos pacientes. La viñeta que presentaremos más abajo ilustra una extrema ansiedad del analista en respuesta a un paciente. Pero desde estos hechos y otros similares no podemos inferir que la capacidad de un analista para conocer esté inevitablemente alterada por su respuesta hacia cada paciente. Después de todo, una apropiada respuesta afectiva normalmente agilizará más que comprometerá la observación y el pensamiento

del analista.

Para estar seguros, nuestro trabajo como clínicos nos obliga a tener en cuenta sin lugar a dudas las múltiples maneras en las cuales nuestra personalidad, creencias y afectos pueden interferir con él. Nuestras observaciones clínicas y el pensamiento son intrínsecamente falibles. Pero de esto no se sigue que sean en principio subjetivos, o que estén intrínsecamente atrapados en la intersubjetividad de la segunda clase citada, o que nunca podamos lograr la intersubjetividad del primer tipo. Thomä (2007) ha señalado una “profunda paradoja en la obra de Freud” entre lo intersubjetivo y lo científico. Esta paradoja es generada elevando los problemas técnicos remediabiles de la subjetividad en la situación analítica a una epistemología intersubjetivista sometida al segundo significado del término, en la cual esos problemas técnicos se hacen irremediabiles por principio. La paradoja deja de existir si preservamos el significado del sentido común, académico y científico de la palabra “intersubjetividad”. Uno de los problemas de la intersubjetividad en la epistemología psicoanalítica postmoderna atañe a la naturaleza de la verdad.

El criterio de coherencia de la verdad establece que una teoría es verdadera si y sólo si ésta provee una explicación consistente del fenómeno que debe ser explicado. Una teoría que deba apoyarse en una hipótesis que no sea consistente con los conceptos y principios básicos de la teoría fracasará en la prueba. Y también lo hará una teoría que no pueda dar cuenta de todos los fenómenos que deben ser explicados. La coherencia requiere de consistencia lógica (no contradicción) y explicación exhaustiva. Una teoría de la verdad como coherencia afirmará que son verdaderas las teorías que conforman estos dos criterios.

En la historia de las ideas, la teoría de la verdad como coherencia está asociada a las filosofías idealistas del romanticismo alemán, en particular Hegel y los neo-hegelianos (Bosanquet, 1888; Bradley, 1883; Lotze, 1888). Entre los filósofos contemporáneos de habla inglesa, Putnam (1981) argumenta que, debido a que las observaciones están cargadas de teoría, éstas *constituyen* lo que es observado. La realidad no es dada en la observación, sino que es *constituida* por la observación. Esta es la posición básica de la epistemología subjetivista posmoderna. Putnam (1981) rechaza la teoría de la verdad como correspondencia sobre la base de que dicha correspondencia requiere una idea de Dios, quien al modo cartesiano debe ser introducido como el tercero infalible que puede juzgar si la percepción se corresponde con el objeto percibido o no, y en qué medida. La epistemología no debería requerir lógicamente de la teología. Putnam (1981) también señaló la consecuencia *paradojal* de que

una vez que se adopta el criterio de coherencia para dar cuenta suficientemente de la naturaleza de la verdad, puede haber más de una teoría verdadera sobre cualquier fenómeno.

Esta filosofía de la verdad podría ser considerada aceptable por los teóricos creacionistas de la evolución, en tanto que puede equiparar como verdaderas a la creación y la selección natural, en la medida en que cada una es consistente consigo misma. Del mismo modo fue encontrada conveniente por psicoanalistas (Goldberg, 1976; Spence, 1982; Wallerstein, 1988) que probablemente aspiraron a reconciliar de este modo escuelas de pensamiento contradictorias, a pesar del precio de tener que admitir la paradoja, la contrariedad e incluso la contradicción, con el fin de mantener una apariencia de paz académica negando la realidad de los conflictos lógicos, conceptuales y fácticos.

Un problema fundamental de la teoría de la coherencia es que demanda de la lógica más que lo que ésta puede dar. La coherencia requiere que todas las hipótesis de una teoría dada sean mutuamente consistentes entre sí. Pero así como los argumentos pueden ser válidos sin ser sólidos, por el hecho de que la verdad de las conclusiones depende de la verdad de las premisas, del mismo modo una teoría puede ser lógicamente consistente sin ser verdadera. La geometría euclidiana es un paradigma de la coherencia. Es consistente, completa y autoevidente. Pero la coherencia, completitud y autoevidencia de la geometría euclidiana no la hacen verdadera. Desde sus definiciones y axiomas puede deducirse una completa serie de teoremas y corolarios, entre ellos el Teorema de Pitágoras, tan útil en múltiples aplicaciones prácticas en la construcción y la agrimensura. Por siglos, la geometría euclidiana estableció la certeza como un ideal del conocimiento. Spinoza (1677) hizo un valeroso intento para traducir una metafísica completa a un sistema deductivo modelado en Euclides. Pero resulta que, a pesar de su coherencia, comprehensividad e incluso utilidad pragmática, construido dentro de definiciones y axiomas (por ejemplo, la definición de línea recta y el axioma de las líneas paralelas), este sistema se apoya en el supuesto falso de que el espacio es rectilíneo, cuando en realidad se curva en proximidad de una masa, como lo ha demostrado la física. La geometría euclidiana continúa siendo muy útil para la agrimensura y para construir edificios cuando las distancias son suficientemente cortas como para que la definición de una línea recta o el teorema de Pitágoras sean aproximaciones adecuadas; pero genera errores cuando se pretende diseñar rutas de vuelo en los vuelos transoceánicos o predecir la localización de los planetas del sistema solar o la trayectoria de la luz que atraviesa el campo de gravitación solar.

Durante los debates recientes sobre los *standards* de formación de la IPA, se argumentó que la coherencia de un conjunto de *standards* formativos constituiría una garantía adecuada de su confiabilidad. Sin embargo, el Estado de Nueva York recientemente aprobó una legislación que da por supuesto que dos sesiones semanales son adecuadas para formar psicoanalistas. Esta definición es luego consistentemente aplicada para establecer requisitos mínimos para el análisis personal, la supervisión y los seminarios. Pero la coherencia de estos requisitos de entrenamiento no establece por sí sola que la definición subyacente de lo que constituye el psicoanálisis sea adecuada, ni resuelve la cuestión de si analizarse con una frecuencia mayor que dos veces por semana hace o no, en igualdad de condiciones, a un mejor análisis personal para la mayor parte de los candidatos y, consecuentemente, a una mejor formación. Los argumentos que se basan solamente en un criterio de coherencia sobreevalúan la consistencia lógica, que si bien es necesaria, no es suficiente como criterio.

Si la coherencia fuera un criterio de verdad adecuado y suficiente, se seguiría que la pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis necesariamente implicaría una incoherencia, cosa que no sucede. En ocasiones, individuos psicóticos llegaban a la oficina del departamento de filosofía donde yo trabajaba, para presentar sus sistemas metafísicos. Las secretarías me los enviaban para una evaluación de su trabajo. Era extraño leer sus visiones del mundo, tan coherentes, comprehensivas, bellamente articuladas y consistentemente lógicas. Es interesante advertir que, en la psicosis, las funciones lógicas de la mente requeridas para pensar con coherencia no parecen sufrir un daño parejo a la grave deficiencia alucinatoria que se produce en la percepción. Una de aquellas personas había planteado que el cosmos en general requería que la tierra fuera gobernada por un rey filósofo para funcionar ordenadamente. Fue triste ver el oscuro éxtasis de esta persona de la calle, demacrada, desnutrida y desaliñada, ante mi pregunta: “¿Y debido a que usted comprende el funcionamiento de esas fuerzas cósmicas, sería el mejor calificado para ser el rey filósofo del mundo?” Nuevamente vemos que la coherencia no es un criterio adecuado de verdad, a pesar de que sí es un criterio necesario. Para ser verdad, una teoría debe ser coherente, pero que sea coherente no la hace verdadera.

Si la coherencia es nuestro único criterio de verdad, la teorización psicoanalítica es permanentemente relativizada, de acuerdo con la paradoja de Putnam, pero de una manera que la hace ilógica, como lo muestra un examen de las teorías que compiten en el psicoanálisis. La teoría de Freud sobre el origen del complejo de Edipo en el desarrollo pulsional es perfectamente coherente con otros componentes de su teoría, por ejemplo la teoría de las

pulsiones y el modelo estructural. Del mismo modo, la teoría de Kohut sobre la génesis del complejo de Edipo en una crianza narcisísticamente inadecuada es totalmente coherente con otros principios de la psicología del *self*, por ejemplo la primacía de la libido narcisista y de las relaciones objetales. Pero las dos teorías son contrarias. La teoría de Freud sobre el complejo de Edipo afirma que todas las instancias de dicho complejo resultan del desarrollo de las pulsiones; la psicología del *self* afirma por el contrario que ninguna instancia del complejo de Edipo resulta del desarrollo de las pulsiones. Es decir, *no pueden* ser ambas verdaderas, aunque las dos podrían ser falsas. Consecuentemente, contrario a Putnam (1981), la verdad de las teorías no puede descansar simplemente en su coherencia. La coherencia es una condición *necesaria* para la verdad de cualquier teoría, pero no es una condición *suficiente*.

Finalmente, si todo lo que tenemos que seguir en psicoanálisis cuando evaluamos la verdad de una teoría es la coherencia, entonces la verdad dependerá del consenso, esto es, de las preferencias teóricas de los analistas. Esta visión nos acerca peligrosamente a la concepción del mundo como voluntad y representación de Schopenhauer, si no nos sumerge en el abismo de las ilusiones. Desde este punto de vista, una teoría es verdadera porque los analistas desean subjetivamente que lo sea o, equivalentemente, la objetividad deriva de una voluntad subjetiva aunque coherente. Siguen dos corolarios paradójicos: toda vez que no hay consenso en psicoanálisis, no hay verdad; y su contrario, toda vez que no hay consenso, todas las teorías son verdaderas o hay tantas teorías verdaderas como analistas que se aboquen a ellas. Este dilema encuentra una salida en el concepto de correspondencia con una realidad que existe independientemente.

La teoría de la verdad como correspondencia sostiene que una creencia, hipótesis o idea es verdadera en la medida en que se corresponda con la realidad. El criterio de correspondencia de la verdad es una premisa básica del sentido común, así como del empirismo científico y filosófico. Todo a lo largo de su trabajo, Freud (1915, 1933) manifestó su adhesión a la idea de correspondencia, de la cual la palabra “concordar” (*tally*) en el argumento de concordancia (Freud (1917)³ es un sinónimo. Los psicoanalistas kleinianos com-

³ Nota de editor: La traducción del alemán de J. L. Etcheverry (Amarrotu editores) usa el término “coincidir”. Dice en p. 412 del volumen 16: “La solución de sus conflictos y la superación de sus resistencias sólo se logra si se han dado las representaciones-expectativa que coinciden con su realidad interior”. Este es el llamado “tally argument” de Freud, así denominado por Grünbaum. A. (1984) *The foundation of psychoanalysis: A philosophical critique*. Berkeley: Ca: University of California Press.

parten el punto de vista freudiano de la primacía de la correspondencia en la evaluación de la verdad. Se la da por supuesto en la ciencia (Dawkins, 2003; Guth, 1997; Hawking, 1988; Sokal and Bricmont, 1998; Weinberg, 1992).

Los defensores de la teoría de la coherencia critican la idea de correspondencia como absolutista, acríticamente ingenua y autoritaria. Estas críticas son apoyadas por el argumento de Putnam (1981) según el cual el criterio de correspondencia descansa sobre un *tercero* omnisciente para la verificación de la correspondencia entre un objeto que existe de manera independiente con una naturaleza propia, y sus representaciones humanas perceptuales, imaginarias e ideacionales. Pero el juicio de correspondencia no necesita suponer alguna omnisciencia con un criterio absoluto de verdad a su disposición. A mi parecer, el cargo de absolutismo se aplica al realismo de las ideas de Platón, Descartes y Hegel, pero no al realismo empírico, científico o, como yo lo llamé, *crítico* (Hanly, 1999, 2001; Hanly and Nichols, 2001). La correspondencia puede ser evaluada sin omnisciencia, sin conocimiento absoluto y sin certeza. Esto se ilustra con las observaciones astronómicas que mostraron que las predicciones acerca de la deflexión de la luz de una estrella pasando a través del campo gravitacional solar basadas en la teoría de la gravedad de Einstein correspondían con mayor aproximación a la deflexión real de la luz que las predicciones newtonianas (Isaacson, 2007). Aquí, el *tercero* es el objeto en la naturaleza que puede darse a conocer, en parte, por el *tercero* interno que es la capacidad para la duda y la crítica de lo que creemos que sabemos, unida a la curiosidad y el respeto por la naturaleza.

Asimismo, en psicoanálisis, las observaciones clínicas muestran que la teoría etológica de la ansiedad de Bowlby no es suficiente para explicar de un modo general los fenómenos de la fobia y la angustia neurótica. Contrariamente a Bowlby, los factores etológicos que él mismo enumera necesitan de los factores evolutivos sexuales y agresivos de Freud para dar cuenta adecuadamente de la fobia y así cumplir con los requisitos tanto de coherencia como de correspondencia (Hanly, 1978). El origen psicológico de una tercera perspectiva sobre nuestras observaciones y nuestras ideas acerca de lo que observamos en psicoanálisis, y en la ciencia en general, es el superyó con su ideal de veracidad añadiendo no sólo peso motivacional al principio de realidad, sino también sumando la capacidad de autoconciencia y autocrítica a las funciones yoicas de percepción, imaginación y pensamiento que están al servicio del principio de realidad (Hanly, 2001; Hanly and Nichols, 2001). Es esta capacidad la que nos permite cuestionarnos acerca de la fiabilidad de lo que vemos y lo que pensamos acerca de lo que vemos.

No es este el lugar para considerar las etapas del desarrollo del principio de realidad planteadas inicialmente por Freud (1895) y desarrolladas por Ferenczi (1913). Es suficiente decir que hay una buena razón para pensar que la primera etapa de un desarrollo complejo ocurre cuando el recién nacido, llevado por el hambre, diferencia el objeto que satisface de la imagen del objeto que no lo hace (Freud, 1895). Aquí la correspondencia hace su primera aparición en la diferenciación entre la imagen y el objeto, más allá de cuán incipientes sean las memorias que forman la imagen y cuán incompleta y parcial sea la experiencia del objeto. El infante necesita el objeto que se corresponda con la imagen. Así, la correspondencia encuentra su vía en la más elemental y primera experiencia de hambre y satisfacción. La necesidad de correspondencia tiene su inicio mucho antes que el lenguaje y el pensamiento, dejando de lado las especulaciones acerca de la verdad. Lo que eventualmente se convertirá en el realismo científico y crítico del pensamiento maduro tiene su origen psicológico en la necesidad de satisfacer el hambre. Es en este campo psicológico donde surgen las preguntas acerca de qué es la verdad (Hanly, 1990).

La relatividad intrínseca de la tesis de la coherencia *puede* dar cuenta de certezas empíricas dentro de ideologías y teorías (Goldberg, 1976) pero *no* de las certezas que trascienden las ideologías y teorías. La correspondencia no es una cuestión de certeza intuitiva, absoluta y automática. Es una cuestión de evidencia acumulada. La evidencia acumulada nos da razón para pensar que los cuerpos celestiales están compuestos por sustancia química, que la sangre circula en los mamíferos, que el espacio se curva en las vecindades de la materia, que las especies han evolucionado y que ocurren procesos psíquicos inconcientes. Estas descripciones expresan certezas empíricas. Cualesquiera sean los desarrollos futuros del conocimiento, es muy poco probable que estas ideas resulten haber sido falsas todo el tiempo.

El pragmatismo es el tercer criterio de verdad. El pragmatismo filosófico fue desarrollado por Pierce, James y Dewey. El concepto filosófico de pragmatismo de James, que pudo ofrecer apoyo al relativismo epistemológico posmoderno, ha sido sometido a una crítica devastadora por Russell (1946). En consecuencia, prefiero lo que llamaré pragmatismo científico o crítico. Una idea o teoría es verdadera si, por medio de una tecnología especificada por ella y coherente con ella, puede ser usada para cambiar el curso de la naturaleza. Es este concepto de pragmatismo el que encontramos en el desarrollo de la teoría y técnica psicoanalítica que Freud lleva a cabo. En psicoanálisis, el cambio que buscamos en el curso de la naturaleza es la mejoría de los desórdenes neuróticos. La técnica es la interpretación de la asociación libre y

la transferencia en el encuadre analítico. Las teorías tratan acerca de las causas de las neurosis. La primera teoría etiológica de Freud, la teoría de la seducción, estipulaba una técnica abreactiva. La técnica era especificada por la teoría y era coherente con ella, así como lo eran las predicciones acerca de las condiciones bajo las cuales podría darse la recuperación y la maduración de la vida sexual. Sin embargo, la coherencia de la teoría, la técnica y las predicciones no establecieron la verdad de la teoría de la seducción. La teoría fue falsada pragmáticamente y tuvo que ser revisada de raíz al no haberse producido la mejoría prevista de los síntomas.

Voy a concluir explorando el uso de los criterios de coherencia, correspondencia y pragmático de la verdad en el psicoanálisis clínico. Como vimos, la coherencia es condición *necesaria* pero no *suficiente* para la verdad de una teoría, al tiempo que la correspondencia es una condición necesaria y suficiente de verdad. Propongo ilustrar esta relación en el psicoanálisis clínico considerando una situación en la cual la necesidad del analista de saber se intensificó urgentemente por una circunstancia inusual. Un paciente fronterizo (Hanly, 1998) en su segundo año de análisis, un joven profesional que había perdido su primer trabajo a causa de una insubordinación pretenciosa motivada por la envidia, ahora estudiante en su campo profesional, vino fuera de sí a su sesión, con rabia y amenazando con matar a un examinador externo que lo había reprobado. Rápidamente me di cuenta de cuán imperiosamente necesitaba estar en condiciones de evaluar, al final de la sesión, su capacidad para contener la rabia que gobernaba su deseo de vengar el insulto a su grandiosidad, y cuánto debía ayudarlo con esta labor durante la sesión. En períodos de profunda depresión, el paciente me había dicho que deseaba dar a conocer al mundo “que él era alguien” cometiendo un asesinato en masa. Él poseía un importante arsenal de pistolas y municiones. Yo era absolutamente conciente de lo mucho que necesitaba saber si era o no probable que él llevara a cabo sus amenazas, y de lo difícil que sería saberlo. No había certezas evidentes en las que apoyarse, ni tampoco nada absolutista o ingenuo en mi imperiosa búsqueda de comprensión. Yo estaba solo con su urgente necesidad de ayuda, sin tener ninguna idea clara de qué cosa podría emerger para que yo pudiera ayudarlo. Ni por un momento pensé que su furiosa amenaza asesina fuera una co-creación del análisis, o que yo tuviera algún acceso interpretativo a ella por esa razón. Y era conciente de que antes del final de la sesión no iba a estar en condiciones de saber con la confianza suficiente hasta dónde mi pensamiento sobre él correspondía a su realidad, y qué tipo de confianza podía yo depositar en cualquier intervención que hiciera. La observación crucial sería lo que su-

cediera con su furia asesina; para esa observación no tenía más alternativa que esperar lo que se pudiese desplegar en la sesión. No tenía opción más aceptable que entregarme a la tarea.

De su narración de la entrevista con el profesor que lo había examinado, entrecortada y desorganizada como estaba por desbordes de furia vengativa y amenazas de muerte, llegué a la conclusión de que había alguna posibilidad de que no hubiese sido reprobado, sino que le hubiesen solicitado volver a presentar su trabajo después de tener en cuenta las críticas que se le habían hecho. A pesar del temor de que esta construcción pudiera ser el producto de mis propias ilusiones, tuve suficiente confianza en ella como para comunicársela como algo que tal vez él quisiera explorar más a fondo. Me preocupaba el riesgo que implicaba la posibilidad de que mi suposición resultara no ser cierta. Pero al menos, podría ganar tiempo para seguir trabajando analíticamente. Le ofrecí esta prueba de realidad en el contexto de interpretar la intensidad de su rabia con palabras que apuntaban implícitamente pero no mencionaban explícitamente el trabajo de una fantasía de haber sido castrado. Había aprendido a relacionarle interpretaciones con alternativas provisionales a su modo de ver la realidad de las situaciones en las que él mismo se encontraba a causa de sus dificultades con la prueba de realidad. En vez de interpretar su grandiosidad o su ansiedad de castración directamente, le interpreté su orgullo herido (Ferenczi, 1913). Estas interpretaciones facilitaron una alentadora secuencia de asociaciones hacia el final de la sesión, referidas a su padre inmigrante, frecuentemente objeto de sus críticas despectivas, a quien ahora él reconocía haber tenido las “pelotas” para dejar su patria y tratar de salir adelante en un nuevo país, a pesar de que esto no resultó muy bueno para él. Tuve la esperanza de que él me estuviese haciendo saber que también tendría las pelotas para volver a su facultad y averiguar a qué se enfrentaba realmente, en vez de llevar a cabo sus amenazas de muerte. Hacia el final de la sesión observé una disminución en la frecuencia de sus arrebatos de ira indignada y sentí cierta reducción en su intensidad. Pero de ningún modo llegó a estar en calma o apaciguado. Me quedé con la angustiosa pregunta de si él podría o no sostener esta frágil mejora del dominio de sí luego de la sesión.

Tenía la suficiente confianza en lo que había visto y entendido como para no advertir a mi colega o informar a la policía, basándome en la impresión de que mis interpretaciones habían correspondido a la realidad lo suficiente como para ser oídas, y en que parecían haber tenido algún efecto benéfico, al menos temporalmente. Pero no me quedé tan tranquilo como para dormir esa noche. Sin más indicios, que tampoco podría tener hasta los próxi-

mos días, estaba tomando un riesgo. Creía que cualquier otra acción de mi parte muy probablemente podía ser ruinosa para el análisis. Tiempo atrás, habíamos pasado por un período en el cual él pensaba que yo estaba grabando sus sesiones con el fin de informar a la policía. Todas estas percepciones, estimaciones, deseos, miedos y juicios estaban precariamente basadas en los datos a que yo había podido acceder durante la sesión.

Pero finalmente me sentí aliviado y agradecido por la eficacia de la interpretación psicoanalítica cuando mi paciente llegó la mañana siguiente y mantuvo las citas posteriores sólo con rumores de rabia y humillación audibles en sus denuncias por la falta de equidad, y con un estado de ánimo que, si bien no era de ningún modo calmo, sí era suficientemente acorde con su actitud de abandonar sus amenazas de venganza y continuar con sus tareas. Tuve la suerte de que efectivamente él no hubiera sido reprobado, tal como yo había conjeturado. Solamente había algunas insuficiencias en su trabajo que debía ajustar para el examen que lo calificaría para su licenciatura. Ahora yo podía estar razonablemente satisfecho con el hecho de que las observaciones e ideas que habían guiado mis acciones hubiesen correspondido suficientemente bien con la realidad de la vida psíquica de mi paciente: ellas habían sobrevivido a una prueba pragmática.

Quiero concluir con algunas reflexiones sobre el lugar de la verdad en la situación analítica. La correspondencia está en el corazón de la cuestión. Desde mi visión, el analista no tiene otra alternativa durante una sesión que buscar ser lo más receptivo posible a lo que realmente está ocurriendo en la vida motivacional del analizando. Afortunadamente, sus apuestas no suelen ser tan altas como lo fueron en la sesión que describí, pero inevitablemente siempre está presente la cuestión de cuán bien coinciden nuestras interpretaciones con la vida interior, el carácter y las circunstancias del analizando. Tenemos la posibilidad de poner a prueba las ideas que nos formamos mientras la sesión se va desarrollando a través de observar los cambios en las asociaciones, los afectos y la transferencia.

En esta sesión, hubo cambios en el contenido de las asociaciones de mi paciente y en sus afectos. Yo infiero que una transferencia regresiva positiva, que había eclipsado su anterior temor transferencial paranoide a que yo lo reportara a la policía, habilitó al paciente a que trajera su rabia destructiva a la sesión en una desesperada demanda de ayuda —una esperanza comprometida, pero en esas circunstancias, beneficiosamente comprometida, con la proyección amplificada por la novela familiar de la omnipotencia que yo podía ejer-

cer interviniendo en su nombre con sus examinadores, sin que él tuviera que hacer un mayor esfuerzo por sí mismo—. Esta transferencia fue interpretada sólo implícitamente, no siendo puesta en acto en interpretaciones que lo dejaran a él solo con su propio problema. Si él necesitaba esa fantasía transferencial, yo no iba a privarlo de ella, devolviéndolo por la fuerza a su furia impotente. Por otro lado, esa fantasía podía ayudarlo a tener confianza en mi ofrecimiento provisional de la *posibilidad*, que era todo lo que le podía dar, de que su situación no fuera tan mala como él creía.

Los cambios en el contenido asociativo, los recuerdos de la lucha de su padre para lograr un éxito moderado en su vida, y la disminución en la intensidad de su ira vengativa aportaron evidencias de que las interpretaciones estaban teniendo un efecto beneficioso. Aquí nos encontramos con el trabajo conjunto de los criterios pragmático y de correspondencia. Es este trabajo conjunto el que James (1907) captó cuando planteó que es lo mismo decir que una idea funciona porque es verdadera (criterio de correspondencia) y que es verdadera porque funciona (criterio pragmático). Se estaba dando un cambio beneficioso en el funcionamiento psíquico del paciente. La predicción implícita de que esto podría ocurrir mostraba ser probablemente correcta. Pero este uso del criterio pragmático depende del criterio de correspondencia. Los dos trabajan mano a mano. Las observaciones que indican una mejoría funcional deben a su vez coincidir con lo que realmente está ocurriendo en el paciente. Y fue la toma de conciencia de mi propia irremediable falibilidad la que, de un modo adecuado y beneficioso, mantuvo viva en mí la angustia señal en el tiempo que siguió a semejante sesión. Esta angustia pone de manifiesto la potencial subjetividad que puede ser causada por ilusiones y otros prejuicios, y la necesidad de recolectar observaciones más allá de lo que hasta el momento pudo obtenerse para alcanzar un grado más satisfactorio de probabilidad. La demanda rigurosa de correspondencia, combinada con circunstancias altamente inusuales, fue lo que provocó en el analista una noche de insomnio.

Los criterios pragmáticos en el trabajo clínico psicoanalítico no se satisfacen con la utilidad subjetiva o personal o con la coherencia experimental según la definición de pragmatismo de James (1907). Lo hacen viendo un cambio real, para mejor o para peor, en el funcionamiento del paciente. Dado que la durabilidad y confiabilidad de los cambios beneficiosos no pueden ser evaluadas por la evidencia limitada de una sesión, nos vemos obligados a vivir con incertidumbre. Pero la incertidumbre clínica es reducible sobre la base de evidencias ulteriores. No necesita ser crónica. Esta evidencia observacional no depende de la teoría, como pretenden los subjetivistas, a pesar de que

también es cierto que uno tiene que poder albergar una teoría en orden a hacer las observaciones. Está disponible, en principio, para cualquier observador competente en las circunstancias apropiadas, por ejemplo, para los analistas en el encuadre analítico. Si bien necesitamos ideas para poder observar, nuestras observaciones pueden ser independientes de nuestras teorías, en el sentido de que las observaciones pueden tanto falsar como confirmar las ideas (Hanly, 1994).

Y sería indudablemente grandioso y mágico suponer que de algún modo oculto mi subjetividad condujo a mi paciente al curso de postgrado solamente para resultar desaprobado y traer su ira vengativa a la sesión. Otro analista podría haber respondido en forma similar pero con su propio estilo, o de manera diferente y con un resultado diferente, pero la lucha desesperada con la rabia causada por sentimientos potencialmente desastrosos y abrumadoramente dolorosos de impotencia y humillación pertenecían a la vida del paciente, independientemente de quién fuera su analista. Y su eventual éxito en superar esas dificultades le correspondió también a él como logro *suyo*, cualquiera fuere la ayuda que yo le hubiera podido ofrecer.

A pesar de que los subjetivistas, para ser consistentes, deben repudiar el criterio de correspondencia en su defensa del de coherencia, sería un error semejante y opuesto repudiar la utilidad de la coherencia en el pensamiento clínico. En la fase inicial de una sesión, confiamos ampliamente en la coherencia al formar nuestros primeros pensamientos y hacer una elección de una interpretación. En mi caso, la observación del estado caótico y violentamente enojado de mi paciente estimuló una recolección preconiente de reacciones de ira similares en momentos anteriores de su análisis, por ejemplo, al ser despedido por insubordinación, o al ser salpicado por un auto con agua fangosa. Un criterio de coherencia se pone a trabajar reviviendo la memoria de eventos clínicos previos sobre la base de la similitud, la consistencia y los afectos en común que los vinculan, en este caso, las reacciones de rabia del paciente frente al insulto. Estas recolecciones ponen a jugar experiencias pasadas en la elección de una interpretación. Las recolecciones son coherentes y una interpretación guiada por ellas será coherente con lo que el analista ya aprendió sobre la ira del paciente, pero, finalmente, serán los criterios de correspondencia y pragmatismo los que decidan cuál es la interpretación adecuada; de otro modo, los cambios en el paciente pueden dejar al analista fuera del contacto de la realidad de su paciente. Por consiguiente, desde mi punto de vista, cada uno de los tres criterios de verdad hace su contribución específica a la buena observación clínica y al pensamiento psicoanalítico.

Como yo lo veo, el problema filosófico fundamental de la intersubjeti-

vidad posmoderna en todas sus variantes (narratológica, subjetividad irreducible, terceros dialéctico y relacional, inconciente relacional, campos intersubjetivos diádicos, etc.) es que está conceptualmente limitada a la coherencia y al pragmatismo filosófico como criterios de verdad. La intersubjetividad posmoderna no encuentra un lugar adecuado para los criterios de correspondencia y de pragmatismo científico. Por esta razón, en la epistemología subjetivista la verdad es relativa por principio. No pueden existir hechos independientes de las teorías contra los cuales éstas se puedan probar.

En el centro del conflicto entre subjetivismo y realismo crítico también hay una cuestión relativa al ser. Para el psicoanálisis, se trata del ser del paciente. ¿Es el paciente el portador de su propia vida, una vida individual que es inteligible por su propio derecho, cognoscible y existente independientemente de nuestras experiencias de ella y nuestras ideas sobre ella? No es posible dudar de la importancia de las relaciones interpersonales. En el fragmento clínico antes expuesto, tengo razones para creer que una transferencia positiva que incluía confianza pero también se entrelazaba con la expectativa de mi grandiosa beneficencia, complicada por una regresión a un uso preedípico de mi persona como un Yo sustituto, sostuvo útilmente una relación de trabajo en este momento de crisis, aunque se requiriera una labor ulterior en el futuro. Pero tampoco es posible dudar de la realidad independiente del paciente. Como yo lo veo, la autonomía independiente del paciente es evidente en su giro hacia su propio interior, en lugar de persistir en su demanda grandiosa hacia mí, en su propia búsqueda del valor para hacer por sí mismo lo que yo no podía hacer por él. Él encontró la confianza, por más precaria que pudiera ser en ese momento, en los recuerdos restablecidos de su padre. Esos recuerdos liberaron en él una cuota de orgullo suficiente para abandonar tanto su grandiosidad como su impotencia, de modo que pudiera hacer frente a la difícil tarea en la cual, a su debido tiempo, triunfó.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bosanquet, B. (1888). *Logic*. Oxford: Clarendon Press.
 Bradley, F.H. (1883). *The principles of logic*. London: Kegan.
 Dawkins, R. (2003). *A devil's chaplain*. New York, NY: Houghton Mifflin. [Versión castellana: (2005). *El capellán del diablo: reflexiones sobre la esperanza, la mentira, la ciencia y el amor*. Barcelona: Gedisa].
 Ferenczi, S. (1952[1913]). *Stages in the development of the sense of*

- reality* (pp. 213-239). En: *First contributions to psychoanalysis*. London: Hogarth [Versión castellana: (1984). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios (Vol. 2, pp. 63-79). En: *Psicoanálisis*. Madrid: Espasa-Calpe].
- Freud, S. (1962[1895]). Project for a scientific psychology (Vol. 1, pp. 292-343). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: Hogarth. [Versión castellana: (1982). Proyecto de psicología (Vol. 1, pp. 323-446). En: *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Freud, S. (1964[1915]). Instincts and their vicissitudes (Vol. 14, pp. 117-140). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: Hogarth [Versión castellana: Pulsiones y destinos de pulsión. (Vol. 14, pp. 105-134). En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Freud, S. (1963[1917]). Introductory lectures on psycho-analysis, Part 3 (Vol. 16, pp. 243-476). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: Hogarth [Versión castellana: (1989). Conferencias de introducción al psicoanálisis: doctrina general de las neurosis (Vol. 16, pp. 221-422). En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Freud, S. (1964[1933]). New introductory lectures on psycho-analysis (Vol. 22, pp. 7-182). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: Hogarth [Versión castellana: (1979). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (Vol. 22, pp. 7-168). En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Goldberg, A. (1976). A discussion of the paper by C. Hanly and J. Masson on 'A critical examination of the new narcissism'. *International Journal of Psychoanalysis*, 57(1), 67-87.
- Guth, A. (1997). *The inflationary universe*. New York, NY: Helix Books. [Versión castellana: (1999). *El universo inflacionario: la búsqueda de una nueva teoría sobre los orígenes del cosmos*. Madrid: Debate].
- Hanly, C. (1978). A critical consideration of Bowlby's ethological theory of anxiety. *Psychoanalytic Quarterly*, 47(3), 364-380.
- Hanly, C. (1990). The concept of truth in psychoanalysis (pp. 1-24). En: *The problem of truth in applied psychoanalysis*. New York, NY: Guilford. [Versión castellana: (1990). El concepto de verdad en psicoanálisis. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 6, 17-36].
- Hanly, C. (1994). Reflections on the place of the therapeutic alliance in psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 75(3), 457-467.
- Hanly, C. (1998). Reflections on the analyst's self-disclosure. *Psychoanalytic Inquiry*, 18(4), 550-565.
- Hanly, C. (1999). Subjectivity and objectivity in psychoanalysis.

- Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(2), 427-444.
- Hanly, C. (2001). Oedipus and the search for reality (pp. 187-207). En: P. Hartocollis (Ed.). *Mankind's oedipal destiny. Libidinal and Agressive Aspects of Sexuality*, 187-207, Madison, CT: International Universities Press.
- Hanly, C. & Nichols, C. (2001). A disturbance of psychoanalytic memory. *Philosophy of the Social Sciences*, 31(3), 279-301.
- Hawking, S. (1988). *A brief history of time*. Toronto: Bantam Books. [Versión castellana: (1991). *Historia del tiempo: del Big Bang a los agujeros negros*. Barcelona: Crítica].
- Isaacson, W. (2007). *Einstein: his life and universe*. New York, NY: Simon & Schuster. [Versión castellana: (2008). *Einstein: su vida y su universo*. Barcelona: Círculo de Lectores].
- James, W. (1907). *Pragmatism*. New York, NY: Longmans. [Versión castellana: (1975). *Pragmatismo: un nuevo nombre para antiguos modos de pensar*. Buenos Aires: Aguilar].
- Lotze, H. (1888). *Logic*. Oxford: Clarendon.
- Putnam, H. (1981). *Reason, truth and history*. Cambridge: Cambridge UP. [Versión castellana: (1988). *Razón, verdad e historia*. Madrid: Tecnos].
- Russell, B. (1961[1946]). *History of western philosophy*. London: George Allan & Unwin. [Versión castellana: (1947). *Historia de la filosofía occidental*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina].
- Sokal, A. & Bricmont, J. (1998). *Intellectual impostures*. London: Profile Books. [Versión castellana: (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós].
- Spence, D.P. (1982). *Narrative truth and historical truth*. New York, NY: W.W. Norton.
- Spinoza, B. (1930[1677]). Ethics. En: J. Wild (Ed.). *Spinoza selections*. New York: Scribner. [Versión castellana: Spinoza, B. (2005[1677]). *Ética*. La Plata: Terramar].
- Thomä, H. (2007). Contemporary controversial discussions, intersubjectivity and the future of psychoanalysis. Ponencia no publicada, presentada al 45 Congreso de IPA.
- Weinberg, S. (1992). *Dreams of a final theory*. New York, NY: Random House.
- Wallerstein, R.S. (1988). One psychoanalysis or many? *International Journal of Psychoanalysis*, 69(1), 5-21. [Versión castellana: (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos?. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 4, 1-15].